Pregón de las Glorias de Córdoba 2021

Pregón de las Glorias de Córdoba

2021

A cargo de Don Antonio Miguel Capdevila Gómez.

No empezaba así el pregón
que en su momento escribí;
apenas meses pasaron
y ya me parecen mil.
Fue en aquel tiempo perdido,
fue en aquel tiempo feliz
en que todo lo teníamos,
en que podíamos vivir
con abrazos y con besos,
cuando se podía salir
sin restricciones ni horarios,
andar de aquí por allí
con la sonrisa en el rostro
y hoy no puedes sonreír
ni a aquéllos que de hacer falta
su vida darían por ti.
Era un tiempo como todos
los que en mi vida viví;
semanas para a mi Cristo
por las callejas seguir,
para embriagarme de azahares,
para otra vez descubrir
la belleza de una Madre
que bajo la luz añil
del ocaso que se duerme
derramaba su sufrir.
Se me alargaba la espera
aguardando el mes de abril
en que cantar a las Glorias
de la tierra en que nací.
Y de repente un hachazo
que nos trajo el sinvivir

que nunca parece irse,
que vino también por mí,
horas de angustia y de duda,
días en que conocí
ángeles de batas blancas
dando lo mejor de sí.
Pero seguro que pasa;
con ese sueño volví
llena el alma de esperanza,
esperando verme así.
Y hoy el sueño se hace cierto,
todos estamos aquí
para dar gracias al cielo
que nos concede vivir
en esta tierra de Glorias
antes de a ese cielo ir.

Me enseñaron de pequeño
que era de bien nacido
mostrarse en todo momento
como un hombre agradecido.
A esa enseñanza me atengo;
por eso sincero digo:
amables autoridades,
mil gracias por su asistencia;
a tantos buenos cofrades
que me honran con su presencia
les guarde mi corazón
mi gratitud más sincera.
Gracias a la Agrupación
por concederme el regalo
de compartir mi pasión
con todos desde este estrado;
gracias a quien presentó,

no le hagan mucho caso,
porque no habló la razón,
sino el cariño forjado
en la fragua de los sueños
con el paso de los años.
Mas por encima de todo
en este gozoso día,
como tantas veces gracias,
gracias Jesús y María,
por concederme mil gracias,
por iluminar mi vida,
por ser constante remedio,
cauterio de mis heridas,
bálsamo de toda pena,
causa de toda alegría.
Y llegados a este punto
de un pregón recién nacido
sin duda habréis reparado,
sin duda habréis advertido
que mi voz suena con ecos
de unos tiempos ya perdidos,
que la prosa deja al verso
andando solo el camino,
y es que llegado este trance
me entregaré a la poesía;
quiera que mi empeño alcance
para llevar al romance
la grandeza de María.
Poeta por los senderos
de las Glorias cordobesas;
¡qué suerte ser mensajero,
voz de todos, pregonero
de la luz y la belleza!

Dios hizo el mundo en seis días
y al séptimo descansó;
mas antes de esta jornada
quiso el sublime Creador
visitar lo que había hecho,
y todo le complació.
Y vio que todo era bueno
aunque en falta algo encontró
y en su mente de alfarero
dibujó una profecía:
con el correr de los tiempos
un pedacito de cielo
en ese lugar pondría.
Tres sílabas guardarían
el embrujo y el salero;
Córdoba se llamaría
y sus callejas tendrían
la luz de la primavera,
y en ella no faltarían
Lagunilla y Corredera,
flores en los arrayanes,
geráneos en sus macetas,
conventos con espadañas,
alegres fuentes risueñas
y como gentil guardiana,
como eterna centinela
la custodia de una sierra
que llamó Sierra Morena.
Y la colmó de bondades,
y la llenó de plazuelas,
y le dio una catedral
que nació siendo agarena,
y unas torres y un alcázar,
y una luna que se alegra

cuando lleva por mantilla
el brillo de mil estrellas
y la gracia de un lucero
que le sirve de peineta.
Cuando contentó quedó
de su obra ya acabada,
Dios un Custodio nombró
para que atento guardara
la joya de su creación;
buscó entre todos los coros,
ángeles y serafines,
dominaciones y tronos,
principados, querubines
y decidió que un arcángel
con esta misión cumpliera,
y a Córdoba bendijera
con su sombra protectora
y que llegada la hora
de todo mal protegiera.
Gabriel y Miguel tenían
misiones encomendadas;
el primero anunciaría
la encarnación a María
y el otro gobernaría
las legiones celestiales
y derrotando a los males
la paz de Dios impondría.
Así que fue Rafael
el protector designado,
dulce mensajero alado,
para cuidar el vergel
de la gloria en esta tierra
que al llegar la primavera
repite siempre su historia;

cantemos juntos con ella
la grandeza de sus Glorias.

Te desvelas con luz de primavera,
la majestad de tus torres mira al cielo,
el sol descorre presuroso el negro velo
con brillo que en tus cales reverbera.
Córdoba del ensueño y la quimera,
tapiz de seda, de oro y terciopelo,
hoy te empeñas en el firme y cierto anhelo
de honrar a tu divina medianera.
Con perfumes y afeites se engalana
porque, María, te aguarda y te divisa,
señora celestial, oh, soberana,
que oreas con la gracia de tu brisa
esta tierra que lucha y que se afana
para llevar hasta tu rostro una sonrisa.

Paso a paso, verso a verso,
tenemos ya el escenario;
hablemos, pues, de las Glorias
siguiendo su calendario.
Apenas vence Jesús
a la muerte en el Calvario
ya se alegra el corazón
cruzando el puente romano;
todavía Santa Marina
sueña su resurrección,
todavía las campanas
no repican sus badajos
y la Gloria se adivina
en la carita divina
de la Señora del Rayo.
Y el cordobés zalamero

rendido ante su hermosura
a la pura entre las puras
le reza con un soneto
para realzar su dulzura:

Eterna luminaria, dulce aurora,
Dolores de tu Rayo, soberana
de un barrio que a tu vera se engalana
rogando tu presencia protectora.
Tú eres la madre dulce que atesora
el albo despertar de la mañana,
y eres la princesa y la señora,
y fuente de la que la gracia mana.
Ya no cabe el dolor; el sentimiento
se desborda ante tu faz inmaculada.
Tu luz apaga el duelo y la alegría
se adueña de las almas, y el tormento
calmas bajo el fulgor de tu mirada,
que es Rayo de la noche y sol del día.

Y con mayo aún por nacer
es tiempo de romerías,
con Él a Santo Domingo
y a Linares con María.
Subamos con toda prisa
por la escalera del cielo;
nos llama a Santo Domingo
la faz de un Cristo moreno.
Seguid las cruces de piedra
que van marcando el sendero,
sea en vuestro caminar
Álvaro el mejor ejemplo,
y entre cantes y alegría
que van rompiendo el silencio

de los parajes umbríos
donde se detiene el tiempo,
entre bordones y primas
y entre vestidos flamencos,
de rodillas, con voz queda,
recemos un padrenuestro.

Padre nuestro, Dios amado,
sé que vives en el cielo
y también en el anhelo
de todos los que te amamos.
Tú estás, Señor, en las flores,
en las casas y el trabajo;
Tú estás, Señor, peregrino,
con los hombres caminando.
Y todos los corazones
tu nombre santificando
en haces de advocaciones
te rezan enamorados.
Y así entre la luz y el aire
de la Córdoba que amamos,
vamos a Santo Domingo
para rezarte despacio,
para contarte bajito,
Santo Cristo de San Álvaro,
nuestras penas y desvelos,
nuestros gozos y quebrantos,
mientras que llega tu reino
y tu perdón esperamos.
Hágase tu voluntad,
Dios por amor entregado,
cauce de toda esperanza,
caminante solitario
entre un fulgor de violetas,

cuando a la luz del ocaso
la tarde se está muriendo
y la luna pregonando
tu sublime sacrificio
va por los montes llorando.
Danos, Señor, nuestro pan,
danos, Jesús, vuestro amparo
y con tu divina gracia
perdona nuestros pecados.
Líbranos de todo mal
que en tu bondad confiamos
para llegar a la gloria
por los caminos serranos
que llevan hasta tus plantas,
a la paz del santuario,
donde en la cruz nos esperas
y sin pedir nada a cambio
de todos dones nos llenas,
bendito Crucificado.

En una noche de abril,
fui, Madre, tu pregonero,
y mi alma voló a Linares,
y mi ser se hizo romero,
y por cantar tu belleza
soñé que llegaba al cielo.
Hoy de nuevo capitana
con mis palabras te rezo,
hoy, Señora coronada,
te digo cómo te quiero
y hago de nuevo el camino
en las carrozas del verso.
Alegres suenan cohetes
para pregonar tu fiesta,

el azul de la mañana
en más azul se azulea,
el sol es una granada
que corazones calienta
y Córdoba emocionada
de gozo y luz se despierta
para seguir el camino
que hasta su sierra la lleva
para rendir pleitesía
a una chiquita morena
que abraza amorosa al niño
que con ternura la besa.
Hoy corremos a Linares,
hoy la primavera reza,
hoy gozoso se alza el vuelo
de palomas volanderas,
hoy repiques de campanas
con sus tañidos se alegran
y hacen coro a las canciones,
melodías que resuenan
en las templadas gargantas
de las guapas cordobesas.
¡Olé las mujeres guapas
que hasta Linares se acercan!
Ya caminan los romeros
que alborozados se aprestan
a subir al santuario
para dejarle la prenda
a María de un piropo
que es su mejor ofrenda.
Y al cruzar por las Tendillas
compases flamencos suenan,
rasgueos de corazones
que los ángeles le llevan

a la Madre limpia y pura
que allá en su capilla espera,
recordando tantas cuitas,
tantos ruegos, tantas penas,
tantas sentidas plegarias,
tantas dudas sin respuestas,
tantos besos, tantos vivas,
tanto amor, tanta azucena
ofrendada ante sus plantas
por tantas personas buenas
que hasta su blanca atalaya
subieron sólo por verla.
Avanza firme el cortejo,
atrás San Pablo se queda
y los caballos relinchan
al pasar por la plazuela
de San Andrés cuando el agua
de la fuente el pretil besa.
Atrás quedó San Lorenzo
y hasta el Alpargate tiembla
al sonar de los cantares
que a Córdoba sola dejan
porque el puerto de la Salve
poquito a poco se acerca.
¡Allí la Salve a María
no puede ser más flamenca!;
y se escapan los suspiros,
y los adentros se alegran
cuando entre jara y lentisco,
alegre revolotea
el campanil de la ermita
porque llegan los romeros,
porque cantan las romeras,
porque se calman las ansias

de estar otra vez con Ella,
que perpetua capitana
de las tropas cordobesas
Linares a todos llama
y el duende de su belleza
las miradas arrebata
y de las almas se adueña.
Linares, siempre contigo,
pues tú nos muestras la senda
que va de Córdoba al cielo
feliz de la vida eterna.

Y todos bien lo sabemos,
que es mayo el mes de María,
y como dice el cantar
vamos todos a porfía
que nos van a faltar días
por disfrutar tanta gloria,
que me viene a la memoria
un rumor de advocaciones;
no ha de sobrar la poesía
que cante con alegría
y los versos oraciones
llevarán a las Alturas,
que no hay mayor hermosura
que la flor entre las flores.

En Chiclana de Segura
se forjó una devoción
que hasta el Zumbacón llegó
para cantar con dulzura
al manantial de la fe,
a la madre que en su nombre,
guardó su lugar natal,

Señora de Nazaret
que nadie de ello se asombre,
guárdanos de todo mal,
tú que engendraste a Jesús,
y llevaste así la luz
en tu vientre virginal.
¿Soñaste poder llegar
hasta el mismo altar del cielo?
Sólo un camino certero
te lleva hasta ese lugar.
De Aras la serranía
que ve dormida a Lucena,
guarda en su cima una ermita
para una Virgen tan bella
que luce más que la estrella
que dulcemente titila;
en su origen, lucentina,
por Araceli responde
y en su mirada se esconde
toda la gracia divina.
Del campo andaluz Señora,
también Reina cordobesa,
pues aquí se le profesa
a ella que es luz y aurora,
el más sincero cariño,
como el que le tiene el Niño
que desde sus brazos mira
a todo aquél que suspira
con su corazón rendido
ante la belleza eterna
de esta Virgen soberana
que en el silencio se alegra
y en el bullicio se ufana
porque esta tierra bendita

se siente aracelitana.

Y hasta Córdoba llegaron
ecos de Cova de Iría,
se mezclaron con los fados
la toná y las bulerías,
con la fiesta, la saudade,
el Oporto con Montilla,
dos tierras puestas de acuerdo
por el amor a María,
que en tres sílabas se hermanan
Portugal y Andalucía,
cobijadas bajo el manto
de la que siempre es bendita,
de la que se apareció
a Francisco y a Jacinta,
de quien fiel acompañó
a la siempre fiel Lucía,
de la que vino seis veces
a las tierras de Leiría,
de la reina de un rosario
que canta en su letanía,
a la que anunció en la noche
una luz desconocida,
la que para honrar a Dios
pidió hacer una capilla
y a quien Córdoba entregó
su corazón desde el día
que grabó en su callejero
su nombre que nunca olvida.
Seis letras, Fátima, guardan
las penas y las fatigas,
los afanes, los anhelos
y siempre las alegrías

de quienes buscan en Ti
el faro amante que guía
por el mar de los suspiros
las barquillas de sus vidas.

Con rayos de plata y luna
se ilumina la belleza
de una Virgen morenita,
chiquita como aceituna,
y una cara tan bonita,
y una hechura de princesa,
que viviendo en el Cabezo
llamamos de la Cabeza.
Caminito de Andújar
Córdoba reza,

trae desde San Francisco
-¡cuánta guapeza!-
el aroma a lentisco
de nuestra sierra,
y a mejorana,
a tomillo y romero,
laurel y espliego,
a rosa y jara
para embriagar de aromas
la luz del alba.
Y el cordobés que te ama
por Ti se hace peregrino
y viene andando el camino
y tu grandeza proclama
con un corazón que grita
porque por amor se inflama
y se consume en la llama
de su Virgen morenita.

Quién dice que en el camino
sólo se bebe y se baila,
pregúntale al peregrino
que marca con sus pisadas
un sendero de suspiros
hasta la meta anhelada.
Quién dice que en el camino
sólo se come y se canta;
anda y díselo al abuelo
que con su vieja medalla
aún sigue andando hasta Ella
para agradecer sus gracias,
gritando ¡Viva Rocío!
en cada misa del alba.
Pregúntale al caminante

que va siguiendo una estrella,
pregúntale por los pinos,
pregúntale por la arena,
pregúntale por la Raya,
pregúntale por el Quema,
pregúntale lo que siente
al ver de lejos la aldea,
al ver cómo los boyeros
entran ya con su carreta
bajo el son del tamboril
que inunda la tarde plena
con rumor de campanillas
que alegres repiquetean.
Pregúntale por qué llora,
pregúntale por qué tiembla
cuando se postra de hinojos
abrazándose a la reja
y en sus labios se dibuja
una salve rociera.
Pregúntale lo que quiere,
pregúntale lo que sueña,
por qué vino desde Córdoba
soñando volver a verla,
por qué el azul marismeño
da color a su existencia,
por qué cada año que pasa
sigue fiel a su promesa.
Y si entras en la ermita
pregunta también a Ella,
pregúntale por qué el Niño
entre sus brazos se altera
cuando leyendo las cintas
descubre las siete letras
que anuncian alborozadas,

que a todo el que quiera cuentan,
que Córdoba está a las plantas
de la reina entre las reinas,
que sólo por ver su cara
vale el camino la pena,
que cuando llega al Rocío
Córdoba con su carreta
el pastorcillo divino
sabe bien por qué se alegra.

Córdoba es como mi casa
porque dos Cármenes tiene;
Carmen son los dos amores
que mi existencia sostienen,
una esposa y una hija
que están a mi lado siempre;
Cármenes son las dos madres
que cada julio nos vienen
para colmar nuestras vidas
de todos dones y bienes.
A las dos quiero rezar
para que a las dos les llegue
la plegaria que le elevan
en silencio tantas gentes
para pedirles su amparo
siempre dulce y diligente.
Llegue hasta San Cayetano
y hasta Puerta Nueva llegue
la oración de este poema
que cuenta cómo las quieren
quienes en su escapulario
ponen su fe más ferviente.
A Ti, Madre coronada,
carmelitana señera,

a Ti, vecina soñada
de la vieja Magdalena,
a dos madres que te abrazan
en una sola manera
desde mi Córdoba amada
una salve marinera,
y una plegaria serrana
de espumas de nácar blancas,
de jara y de esparraguera,
de romero y de retama,
caracolas y sirenas,
sin más sal en este canto
que la gracia de esta tierra.
Entre flores la más bella,
Reina y Madre, Dios te salve,
luz de nuestras existencias,
dueña de todo el donaire
que mediando el mes de julio
desde tus pasos repartes
a quienes salen a verte
entre la luna y las cales.
Con tu ejemplo nos demuestras
donde reside la vida,
y que ésta sólo es vida
si la damos como Tú,
doliente madre abatida
junto al árbol de la cruz,
y luego faro perpetuo
de la verdadera luz.
Toda Córdoba proclama
que eres fuente de dulzura,
manantial de devociones,
madre de Dios siempre pura.
Tu belleza resplandece,

y ante tu andar palidece
la estrella que su hermosura
coqueta al lucero ofrece.
Por nuestra alma a Ti clamamos,
Eva entre todas las Evas;
silencio de noche santa
enredado en las veletas,
cobijado entre las fuentes
en cuyas aguas se espejan
blancuras de plata y nácar
dormidas en las plazuelas
y besos de estrella y luna
que entre el incienso te besan.
Los sueños se hacen suspiros
porque sabemos la pena
que habrá de partirte el alma
cuando apenas tu Hijo crezca.
En este valle de lágrimas,
a la sombra de la sierra,
gimiendo vamos contigo
para pedirte que sepas
disculpar nuestras caídas,
perdonar nuestras flaquezas
e iluminarnos la ruta
que lleva a la vida eterna.
Siempre estaremos contigo,
perpetua abogada nuestra;
vuelve a nosotros tus ojos
pues tu mirada hechicera
es el bálsamo divino
que a las ánimas remedia.
Muéstranos, Madre, a Jesús,
madre de Dios, madre nuestra:
sólo si lo quieres Tú

sus promesas se harán ciertas.
Embarcado en este empeño
te canté, Reina, mi Salve,
con fragancia de romero,
con aroma de azahares,
con un rumor caletero,
quiero ser tu marinero,
Virgen bendita del Carmen.

Parece Miércoles Santo
allá en el Alcázar viejo,
regresan a sus callejas
todos los que allí nacieron
y en la torre de la iglesia
queda detenido el tiempo.
Agosto la tarde agosta
de un barrio que ansioso espera
cuál si fuera primavera
en la callejuela angosta.
En su tránsito postrero
duerme la Virgen de Acá,
para poderte llevar
sueño ser tu costalero.
Silencio que se despierta
la reina de San Basilio,
la madre que es nuestro auxilio
y nuestra ayuda más cierta.
Calle el agua cristalina
que allá en la fuente murmura,
y el joven que se apresura
por ver su cara divina.
Calle en las ramas la brisa
que va hacia la catedral
la que con gracia precisa

nos libra de todo mal.
Silencio en Caballerizas,
silencio por caridad,
que nunca será cenizas
la Madre de la Verdad.
Despacio, que va dormida,
que el sueño vence a la muerte,
cuidado, que no despierte
la rosa de amor transida.
Eres paloma que al cielo
se eleva, Madre, dichosa,
quisiera ser mariposa
para seguirte en tu vuelo.
Hoy gozas de la victoria
y en premio a la más hermosa
llegas, reina, victoriosa
en cuerpo y alma a la gloria;
y entre celestiales cantos
como hija os corona el Padre
y el Hijo os tiene por madre
mientras te rezan los santos.
Y en esta tierra quedamos
rogando siempre tu amparo
y en el tránsito obligado
de dar cuentas a Jesús,
sé, Virgen, siempre la luz
que nos lleve hasta su lado;
Tú que fuiste sin pecado
original concebida,
llévanos hasta la vida
asidos de vuestra mano.

Y septiembre es de María
tanto mes como el de mayo;

si lo dudáis preguntad
a cualquier buen mercedario
o despacio repasad
las fechas del calendario:
Socorro en la Corredera,
Fuensanta en el Santuario
y allá en la Córdoba vieja
un hermoso relicario
que al conjuro de María
se abre al añil del ocaso.

En la paz de San Lorenzo
Córdoba guarda una joya,
una Virgen pequeñita
más hermosa que la aurora,
más juncal y más ligera
que la palma generosa,
es estrella de mil mares,
es eterna sanadora,
la arrulla el viento suave,
la baña el sol que la dora,
es azucena en el valle,
jacinto, clavel y rosa,
es luz de luz en la tarde,
perpetua corredentora,
es el nardo más fragante,
la fe del padre Cristóbal,
doncella bella y galante,
reina la más milagrosa,
siempre dulce y vigilante,
Madre de Villaviciosa.

Cada ocho de septiembre
cuando llega la Fuensanta

vuelven desde lo más hondo
los recuerdos de mi infancia:
ocho hermanos y una casa
allá por Santa Marina,
ocho campanas de barro,
ocho niños que corrían
y esperaban anhelantes
con gozosa algarabía;
¡qué lejos de nuestro barrio
el Pocito parecía!
Mi padre cumplía los años
precisamente ese día;
quizá por eso el caimán
nos daba los buenos días
o al menos para asustarnos
eso es lo que nos decían.
Ahora estás coronada,
proteges las Cofradías,
pero para mí serás
siempre la Virgen chiquita,
a la que recé de niño
y aún lo hago todavía.
Déjame por un momento
dar marcha atrás en mi vida
y con infantil cariño
rezarte una letanía.
Tú que eres de amor sagrario,
eterna rosa florida,
de pura fe relicario,
Fuensanta que a todos guías,
hazme cuenta de un rosario,
y al final del calendario
donde culminen mis días,
cuídame con todo celo

y enséñame así la vía
que va de Córdoba al cielo.
Cuentas de perla y de nácar
ante tu faz se agavillan,
mientras llega hasta el Pocito
un rumor de Ave marías
y un manojo de misterios
-dolor, pasión y alegría-,
que cuando llega septiembre
quieren decirte, bendita,
que eres la madre de Dios,
de la Iglesia que camina,
señora de nuestras almas,
dueña de gracia infinita,
anhelo que aquí se espera
en las plazuelas dormidas,
en las callejas de ensueño,
donde la luna rendida
ansiosa aguarda besar
el rubor de tus mejillas.
Proclamarán las veletas
tu pureza sin mancilla;
y hasta el agua de la fuente
con límpida melodía
anunciará sin palabras
tu castidad ofrecida
en prenda de pura ofrenda,
cuando apenas una niña,
le dijiste sí a José,
y el candor de tus pupilas
hasta a la flor más fragante
dejó una sombra de envidia.
Tú tienes un buen consejo
para aquél que se arrodilla

y te suplica en silencio
en la casa donde habitas.
Eres la madre más fiel,
admiras a quien te mira,
y a quien te viene pidiendo
el agua que santifica.
Eres virgen poderosa;
reina del que en ti confía,
acogedora y prudente,
trono de sabiduría,
ideal de santidad
y hermosa flor escogida;
aunque hablando así de flores
no sé bien cuál has de ser,
y por eso este dilema
me lo habrá de resolver
aquel joven costalero,
que lleva escrito un te quiero
sobre el costal de su fe.
Eres torre de marfil,
gema de un áureo joyero;
casa bendita de oro,
que escondido entre tu pelo
guardas el mejor tesoro:
el piropo retrechero,
que desde cualquier balcón
te prendió en tu corazón
el alfiler de un te quiero.
Arca de firme alianza,
puerta bendita del cielo,
en esta tierra de olivos,
te haces, Fuensanta, sendero,
que al Paraíso anhelado
conduce con todo esmero.

Estrella de la mañana,
Tú que al mismo sol asombras,
ilumina nuestras obras,
y muéstranos a Jesús,
pequeñito entre tus brazos
y Redentor en la cruz.
Aunque humilde siempre reinas
sobre todo lo que ves;
y al asomarte entre nubes,
tan sólo en un dos por tres,
un revuelo de angelitos
caracolea a tus pies.
Tú gobiernas con dulzura
un reino de confesores,
patriarcas y profetas,
y vírgenes, que son flores
inmoladas en martirio,
como aquél que quebró el lirio
de tu buen hijo humillado,
al que seguiste en su suerte,
antesala del Calvario
donde derrotó a la muerte
redimiendo los pecados.
Y eres también soberana
de la paz que vive en Ti,
y que viertes generosa,
galana, dulce y gentil.
Madre de Dios, se engalana,
en tu amor nuestra pasión.
debe acabar la oración
en que te canté, señora,
convertida en letanía;
acógela, Madre mía,
como la sencilla ofrenda

que mi fe te levantó,
para dejártela en prenda
en tus manos virginales,
llévala hasta las Alturas,
porque no hay mujer más pura
como lo puedas ser Tú,
Señora de sueño y luz,
como nadie tan hermosa,
Madre siempre primorosa
a quien mi voz ahora canta
y resuena en mi garganta
la plegaria jubilosa
para la mujer más santa:
¡Viva la Madre de Dios,
la Virgen de la Fuensanta!

Bajando la Corredera
no parece que sea otoño,
ni verano, es primavera
al ver la carita bella
de la Virgen del Socorro,
la reina de aquel Tenorio
que Clemente se llamó
y que a Ella se entregó
ante lo cierto y notorio
de que su vida salvó.
Madre de cara divina,
desde el arco del Toril
con tu sonrisa iluminas
a quien alegre camina
porque viene a verte a Ti.
Hoy dejas tu camarín
y bajo tu baldaquino,
olor de nardo y jazmín,

vas repartiendo sin fin
dulces consuelos divinos.
Perpetua y fiel alcaldesa,
señora de un barrio entero,
que te tiene por princesa
y al que tu faz embelesa
haciéndole prisionero.
En la gozosa jornada
de tu alegre procesión,
tu Córdoba enamorada,
ay, Socorro Coronada,
proclama con emoción
que eres su norte y su guía,
su valedora y su luz,
su pasión y su alegría,
bendita Virgen María
bajo este cielo andaluz
que por tu amor es más cielo,
más inmenso, más azul
cuando se enreda en tu pelo
la mirada de un lucero
que no brilla como Tú.

Y como punto y seguido,
volvamos de nuevo a él,
a un mensajero divino
que a nuestra Córdoba vino
y se llama Rafael.
Fue el celeste caminante
que fingiéndose Azarías
quiso mostrarle a Tobías
cómo sanar a su padre;
quien contó al padre Simón
cómo remediar el mal;

quien ante el padre Roelas
confesó ser el guardián
de esta tierra que le reza,
le alaba, le pide y canta,
y que realza su grandeza
en los Triunfos que levanta,
torres desde las que vela
nuestro arcángel noche y día
desde el Puente a la Fuenseca,
del Potro a la Compañía.
Arcangélico doncel
en tus alas refulgentes
conduces a tantas gentes
como firme timonel,
que nos cuida con desvelo,
cumpliendo con todo celo,
el deber encomendado
y así desde el Juramento
no se detiene un momento
tu vigilante cuidado.
¡Qué suerte ser cordobés
para crecer de la mano
de un arcángel casi humano,
Gloria a Ti, San Rafael!

En los meses que mediaron
en estos tiempos aciagos
me bendijo nuestro arcángel
con un hermoso regalo;
y así exalté la grandeza
de ese mensajero alado
que nos mima desde el cielo
llevándonos en sus brazos.
Y para tal ocasión

no dudé en tomar prestado
un poema del Pregón
que el virus dejó aplazado.
Por eso hoy tomo de aquél
un romance que fue escrito
con devoción y con fe,
con un corazón rendido
de cordobeses latidos
que nada hay más cordobés
que un perol, el salmorejo
y un Triunfo a San Rafael.

Para que a todos nos cubra
la protección de sus alas,
para que a todos nos llegue
su arcangélica mirada,
como tronos singulares,
como suspiros del alma,
Córdoba a su protector
rezos y triunfos levanta:
aunque parezcan iguales
cada cual tiene su gracia,
cada uno a su manera
es pedestal y morada
donde reside el arcángel
que en esta tierra nos guarda
desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba.
Al de la plaza de Aguayos
le va la Semana Santa
y cada Miércoles Santo
aún más alto se encarama
para escuchar las saetas
que en el silencio le cantan

al Cristo que por las calles
Misericordia derrama.
Al de la antigua estación
el fragor le sobresalta
de una ciudad bulliciosa,
de carreras que no faltan
y cuando mira a lo lejos
ve llegar a los que aguardan
que el tren de sus mismas vidas
les conduzca a otra parada.
El de la plaza del Potro
vino aquí a cerrar la plaza;
a un lado el viejo hospital,
a otro lado la posada
y en su centro se encabrita
un potrillo que se alza
hacia la luna que a Córdoba
besa con rayos de plata.
El que está en la Compañía
sobre una nube descansa
que viene del mismo cielo,
algodón de su peana,
tenue trono, leve sede
de quien en el silencio abraza
una plegaria encendida
del que presuroso pasa.
Y el que está en el Jardincito,
escondido entre las casas,
allá donde la locura
decían antes que curaban;
y lo ves en Puerta Nueva,
enhiesto sobre sus gradas,
cinco escalones dispuestos
para elevar su atalaya.

Y al de la Puerta del Puente
en majestad nadie gana,
mientras su sombra protege,
como sempiterna aya
al niño que en un delfín
mares azules cabalga.
Y nos vigila amoroso
apoyado en la cal blanca
de su amado Alcázar Viejo
donde Basilios cantaban
de nuestro Señor sus dones
y de su Madre las gracias,
mientras el padre Borrego
su vida les entregaba.
Vieja Puerta de Plasencia,
plaza del Cristo de Gracia,
tú también estás bendita
porque a tu cielo se alza
la figura valedora
de esta Córdoba callada,
que reza a San Rafael,
que le pide confiada
ese consuelo infinito
que con Él nunca le falta.
Cuando aquí se puso un puente,
hubo que poner su estatua,
en el romano la antigua,
en el nuevo la que avanza
a quien viene a nuestra tierra
que ésta es sagrada morada
del que con la hiel de un pez
todos los pesares sana.
Y por tener aun tenemos
un Triunfo casi de lata,

que estos son tiempos cambiantes
de modas y cosas raras,
tan distinto a los demás
pero con la misma alma.
Triunfos de San Rafael,
sois de amor eterna llama,
aunque parecéis iguales
cada cual tiene su gracia.

Hay otras Glorias en Córdoba
aunque no estén agrupadas;
que hacen el aire distinto
y distintas las mañanas,
que dan al sol nuevo brillo
en cada nueva alborada,
que gozan brisas serenas
dormidas en espadañas
y luces de fe y de amores
cuando se despierta el alba.
Cuánta gente ansiosa espera
esa jornada que aguardan,
pues la gloria en esta tierra
de mil maneras los llama,
a veces en procesión,
otras tantas en la calma
y en la soledad silente
de las capillas sagradas.
Hoy no me quiero olvidar
ni del Sol, ni la Alegría,
que son dos formas hermosas
para llamar a María;
dejadme buscar la Luz
que brilla en Santa Marina,
que la nombre por Belén

o que le rece con fe
proclamando su Victoria
que en San Lorenzo también
se conoce así a la Gloria.
O Virgen de la Salud,
o si es martes y trece,
ay, Virgen de los Remedios
que una plegaria te rece.
Si soy hermano del Huerto
como no decirle claro
guapa, guapa y más que guapa
a la Virgen del Amparo,
la que le canta una nana
al niño que va en sus brazos
y que sufrirá hecho un hombre
cada Domingo de Ramos.
Y ya en Capuchinos,
la Virgen de los Ángeles
va tras su Hijo,
con el que al corro juegan
cien angelillos.
Cobíjanos en tu manto,
vela por todos, Reina y Señora,
faro de los Salesianos,
letífica mediadora,
que floreces cada mayo
nimbando de luz la aurora,
¡qué belleza en tu mirada
Santa Madre Auxiliadora!
Y en esta tarde gozosa
nunca me podré olvidar
de esa Divina Pastora
a la que en redil divino
la persigue un capuchino

por diseñarle una toca:
por Dios, Ricardo, detente,
que vas a volverla loca.
Y ahora antes de terminar,
porque es justo y necesario,
mi voz os quiere llevar
hasta el mejor escenario;
donde reside la paz
y aunque a veces solitario,
está lleno del amor
que Dios reparte a diario:
la gloria, sabéis, la guarda
la plata de los sagrarios.
Peregrino de amor y desencanto,
herido por las piedras del sendero,
he llegado a contarte que te quiero
buscando en Ti consuelo a tanto llanto.
He venido rendido y, por encanto,
he encontrado la paz. Tu amor, primero,
me ha mostrado el camino verdadero
y, luego, ha confortado mi quebranto.
Y ante tu altar, Señor, he comprendido,
de rodillas, postrado ante tus plantas,
que si la vida se torna en un calvario,
al hombre destrozado y abatido
sanas el desamor, y lo levantas,
con la luz redentora del Sagrario.
Y ya acabando el pregón
apelo a vuestra paciencia:
concededme la licencia
de abriros mi corazón.
Ahora viene a mi memoria
la imagen de una capilla
en donde por maravilla

siento que estoy en la gloria.
Silencio y Rosario son
madres de los Estudiantes,
refugios de todo amor
aunque sufran el dolor
de ver a Cristo expirante;
testigos de la lección
en el aula del Calvario,
de cómo la redención
nace de su Expiración
y se guarda en el sagrario.
Ambas gozan a la diestra
de la Santa Trinidad,
siempre divinas maestras
que en sus miradas nos muestran
la senda de la verdad.
Plenas de luz y candor
nos conceden el anhelo
de ganar de su favor
la matrícula de honor
que abre la puerta del cielo.
Deleite y néctar divino
de un humilde pregonero
que hoy se sintió peregrino
siguiendo atento el camino
de las Glorias que es sendero
en esta ciudad bravía
que hoy quise cantar en verso
y así trenzar la poesía
que nos lleva hasta María
en el más airoso vuelo.
Y hasta aquí llegó una historia
que halla en vosotros testigos,
gritad a coro conmigo:
¡Viva el tiempo de las Glorias!

He dicho.

Antonio Miguel Capdevila Gómez

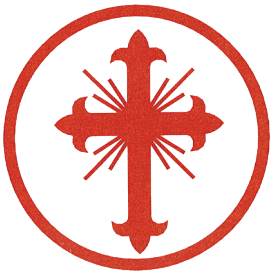
Pregón de las Glorias de Córdoba 2021

Parroquia de San Pablo de Córdoba

10 de abril de 2021

Edita: Agrupación de Cofradías de Córdoba

Córdoba, abril de 2021

Fotos:
Antonio Poyato

Diseño y maquetación:
Rafael C. Roldán Sánchez